

 Editorial

Antigua Modernidad y Memoria del Presente

CULTURAS URBANAS E IDENTIDAD

Ton Salman y Eduardo Kingman
EDITORES

© 1999, FLACSO, Sede Ecuador

Paez 118 y Patria, Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 232030

Fax: (593-2) 566139

E-mail: fcarrion@hoy.net

Registro derecho autoral: 012697

ISBN - 9978-67-046-7

Editores: Eduardo Kingman y Ton Salman

Edición: Alicia Torres

Diseño y diagramación: Rispergraf

Diseño de portada: Antonio Mena

Impreso en: Rispergraf

Quito, Ecuador, 1999

INDICE GENERAL

Presentación 9

PARTE I: ENFOQUES GENERALES

Introducción
Las culturas urbanas en América Latina y los Andes:
lo culto y lo popular, lo local y lo global, lo híbrido y lo mestizo.
Eduardo Kingman Garcés, Ton Salman y Anke Van Dam 19

Aplausos después del desfile: el estudio de organizaciones
y movimientos sociales después de la euforia
Ton Salman 55

PARTE II: GENERO Y CIUDAD

Sobre machos, adúlteras y caballeros
Ana María Goetschel 73

El encuentro entre ONG y pobladoras:
Las organizaciones de mujeres en Santiago de Chile
Anke van Dam 85

Masculinidades y cultura popular en Guayaquil
Xavier Andrade 101

Diversidad y Esencialismo, ¿términos contradictorios?
La sexualidad masculina en Lima, Perú.
Lorraine Nencel 125

PARTE III: CULTURA, POLITICA URBANA

Estudiar movimientos sociales urbanos: entre la teoría y la comprensión
Alvaro Sáenz Andrade 147

La violencia urbana y sus nuevos escenarios
Fernando Carrión M. 153

Prácticas cotidianas de resistencia
Gerrit Burgwal 165

Continuidad histórica de la acción colectiva de los pobladores chilenos: Redes sociales e interacción estratégica. <i>Vicente Espinoza</i>	189
El Camal y los asuntos de raza y clase <i>Wendy A. Weiss</i>	219
Cultura que carga: Reflexiones sobre lo cultural en el análisis de las organizaciones y movimientos sociales en América Latina <i>Ton Salman</i>	237
PARTE IV: VIDA COTIDIANA	
Cartografías del pasado, ciudades del presente: prácticas populares en las ciudades del Altiplano Cundiboyacense (Andes orientales colombianos) <i>Adrián Eduardo Serna Dimas</i>	257
De la antigua caridad a la verdadera beneficencia: formas históricas de representación de la pobreza <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	281
“Que me perdonen las dos”: el mundo de la canción rocolera <i>Hernán Ibarra</i>	311
Segregación espacial y espacio simbólico: un estudio de caso en Quito <i>Marcelo Naranjo</i>	327
La propiedad, un sueño realizado: relato oral de los pobladores de La Argelia <i>Santiago Ortiz y Elvira Martínez</i>	337
La cultura del conventillo: el desarrollo humano en el casco central de La Paz <i>Paul van Lindert</i>	353
Colaboradores	369

Diversidad y esencialismo, ¿términos contradictorios? La sexualidad masculina en Lima, Perú¹

Lorraine Nencel

El 'latin lover' y el macho evocan una imagen de hombres heterosexuales latinoamericanos en continua búsqueda de satisfacción sexual. Solo por mencionar uno de estos eufemismos, es fácil imaginar el calor tropical que ha servido con frecuencia de explicación científico-popular para el insaciable apetito sexual del latino, así como el bulto entre sus piernas que lo acompaña en sus diarias hazañas. Si prestamos atención podemos incluso llegar a oír como trasfondo la letra cargada de erotismo de música 'salsa' que alardea de sus conquistas y logros sexuales. Una fuerza insaciable, casi instintiva, determina su sexualidad. No importa cómo obtenga placer sexual, la cosa es que lo haga. Según la imagen de este prototipo masculino, esta es toda la historia pero, ¿lo es realmente?

Yuxtapuesta a esta imagen de hombres y su sexualidad existe una de una naturaleza más seria que se origina en la literatura feminista. Aunque pocos de estos estudios han tratado de abordar el concepto de sexualidad masculina, se hacen referencias a él en relación a la sexualidad femenina y la posición subordinada de las mujeres. Los hombres y su sexualidad se funden en su representación como 'el opresor'. La sexualidad masculina es descrita típicamente en términos negativos, tales como violencia y abuso.

Esta tendencia es prevalente en la representación del machismo latinoamericano (Stevens 1973; Monzón 1988; Lugo 1989), y su manifestación más salien-

1 Estoy agradecida a la Fundación Neerlandesa para el Fomento de Investigaciones Tropicales (WOTRO) de La Haya y al Instituto Belle van Zuylen de la Universidad de Amsterdam por hacer posible la realización de esta investigación. Quisiera además expresar mi reconocimiento al Centro de Investigación y Documentación (CEDLA) de la Universidad de Amsterdam, por ofrecerme sus instalaciones hasta el término de este proyecto; quiero agradecer también a la ONG Centro de la Mujer Peruana "Flora Tristán" y a la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica, ambas situadas en Lima, por extenderme el título de investigadora visitante durante los períodos 1990-91, y 1992-93.

Finalmente, mi reconocimiento a Enrique Bossio, quien tradujo al español este artículo.

te en estudios sobre prostitución (Edwards 1993; Cavalcanti *et al.* 1985). El concepto teórico de diferenciación se ha vuelto importante para el estudio de la sexualidad femenina, en la misma medida en que fuera ignorado para los hombres heterosexuales. Con frecuencia el análisis de la sexualidad masculina se basa en difundidas suposiciones.

Estas imágenes, por contradictorias que parezcan, están de hecho unidas por la conceptualización de la sexualidad masculina como un constructo fijo. La primera surge de una noción biológica esencialista de la sexualidad, mientras que la segunda es construida a través del análisis social, culminando sin embargo, en una noción socialmente establecida de sexualidad masculina.

Pese al nexo entre el pensamiento feminista y la representación de masculinidad/sexualidad, hay indicios de que esta conexión se está aflojando. Está apareciendo un número significativo de estudios que han separado las nociones de masculinidad y sexualidad masculina de su posición automáticamente asumida en el modelo de opresión, sin perder de vista las relaciones de poder que son producidas y establecidas en su construcción. Ello ha revelado la multiplicidad de significados dados a los constructos de masculinidad y sexualidad, y cómo éstos cambian, se contraponen y coexisten.

Ugarteche (1992) deconstruye el concepto de sexualidad en el contexto peruano, ilustrando cómo la introducción de una sexualidad represiva traída por los españoles –que exaltaba la virginidad femenina y la monogamia, y prohibía la homosexualidad– transformó la extremadamente liberal noción pre-hispánica de sexualidad. Ugarteche sostiene que una de las características idiosincráticas de la noción contemporánea de sexualidad es que todo está permitido en cuanto no se verbalice. Esta postura sexual puede ser rastreada hasta este histórico período de transformación. En el estudio de Parker sobre cultura sexual en Brasil contemporáneo, la experiencia sexual es percibida “... menos en singular que en plural, y es por eso menos correcto hablar de un sistema único y unificado de significado sexual en la cultura brasileña contemporánea, que pensar en términos de subsistemas múltiples, patrones recurrentes y al mismo tiempo dispares, lógicas conflictivas y a veces incluso contradictorias que de alguna manera se han dado maña para entrelazarse y compenetrarse dentro del tejido de la vida social” (1992:2). El trabajo de Archetti sobre el fútbol argentino, analiza los partidos de este deporte como rituales en los cuales los símbolos sexuales de la homosexualidad son usados para afirmar la noción de masculinidad (1992). Estos estudios han seccionado la relación simbiótica entre género y sexualidad y, más aún, con su rico análisis etnográfico responden a la noción fija de masculinidad y sexualidad.

La representación acrítica de la sexualidad masculina en la literatura feminista, es una de las fuentes que inspiraron este artículo. La otra se deriva del es-

tudio que terminé recientemente sobre mujeres que se prostituyen en Lima, Perú. Para los hombres, ir a buscar prostitutas es una alternativa sexual comúnmente empleada que atraviesa fronteras de clase, edad y etnicidad. Aunque hay indicios de su declinación, la prostitución ha servido por generaciones como un espacio para la iniciación sexual de los jóvenes. La aceptación de que un hombre recurrirá en algún momento de su vida a los servicios de una prostituta quizá no es una característica exclusiva de este contexto, pero sin embargo constituye un elemento vital para comprenderlo. Ello sugiere que las experiencias de los hombres con prostitutas constituyen una parte de su sexualidad. Por ello, para entender porqué los hombres optan por buscar prostitutas, es necesario explorar cómo perciben estos hombres su sexualidad y cómo se construye ésta a través de sus experiencias. Sin embargo, dado que la búsqueda de prostitutas es un fenómeno ampliamente aceptado, es igualmente pertinente explorar porqué otros hombres no las buscan. ¿Qué nos dice ello sobre la sexualidad?

Lo que propongo para las páginas siguientes es explorar los significados otorgados a la sexualidad masculina en el contexto limeño. Emplearé como fuente 21 entrevistas realizadas a varones acerca de sus vidas sexuales y afectivas. Los hombres participantes en este proyecto podrían ser considerados en su mayoría como típicos heterosexuales de clase media urbana de Lima, que figuran entre los numerosos referentes de las teorías que se ocupan del machismo, la opresión y la sexualidad masculina. Estas teorías retratan las vidas de esos hombres como la reproducción del discurso en la práctica. Sin embargo, mi punto de partida es la percepción de la identidad sexual, facilitando un análisis que incluye la dimensión subjetiva. La percepción de la identidad sexual no se asume previamente como “unificada, racional, coherente y afianzada”, sino que es en cambio percibida como plural y los “lugares potenciales para el juego de múltiples discursos y para posiciones-objeto diversos y cambiantes” (Kondo, 1990:44). Ello mostrará que la sexualidad no es singular, sino que contiene varios significados en múltiples configuraciones que cambian sus posiciones en situaciones distintas, en momentos diversos en el tiempo y con diferentes mujeres. Algunos de estos significados encarnan las nociones discursivas de sexualidad. Otros enfatizan experiencias que difieren en gran medida de las expectativas culturales, o sitúan las nociones discursivas en posiciones menos prominentes, produciendo significados sexuales que retrabajan, rechazan o contradicen las nociones discursivas pero, sin embargo, coexisten con ellas. El artículo busca claves para los significados de la sexualidad masculina en tres locaciones distintas: el encuadre de la entrevista, el léxico callejero limeño y, finalmente, a través de las experiencias de los hombres con prostitutas.

Hablemos de sexo

De cierta manera, los tópicos del sexo y la sexualidad son difíciles de abordar. Sin embargo, muchos hombres limeños, cuando les contaba de mi investigación, estaban ansiosos por hacer algunos comentarios insinuantes sobre sus aventuras sexuales, pero, al tratar de abordar el asunto seriamente en un encuadre de entrevista, los participantes no estaban tan dispuestos a abrirse como uno esperaría. Obviamente, hablar con extraños o, en el caso de algunos de los entrevistados, con conocidos, sobre experiencias sexuales íntimas, puede incomodar al informante incluso cuando se garantice total anonimato. Pero no es solo cuestión de timidez, tras este asunto hay mucho más de lo que salta a la vista.

Las dinámicas de la entrevista reflejan una dimensión interesante de producción del conocimiento en relación al sujeto de la sexualidad, específicamente los procedimientos realizados para conseguir entrevistas y las relaciones de género entre las personas involucradas. Aunque el procedimiento de entrevistas estandarizadas considera que lo que realmente se dice es lo más importante, hay otras claves que pueden encontrarse en la manera en que se verbalizan los mensajes y en aquello de lo que no se habla.

En 1990 la revista *Debate* condujo una encuesta entre estudiantes universitarios sobre sexualidad. Los resultados son presentados en cuadros y tablas, acompañados por breves comentarios por parte de cinco expertos en la materia².

Cuatro de los cinco autores estuvieron sorprendidos por algunos de los resultados. Delta empieza su análisis declarando que: “algunas respuestas revelan indicios de que, a pesar de la garantía del anonimato al responder la encuesta, los limeños preferimos siempre mentir un poco o dejarnos vencer por la vergüenza cuando hablamos de sexo” (1990:44).

Delta encuentra raro que al menos la mitad de las mujeres sintieran haber recibido suficiente educación sexual en la escuela, mientras que sus respuestas sobre control de la natalidad demostraban lo contrario. Entre quienes no usaban ningún tipo de método para el control de la natalidad, no respondieron o usaban el método del ritmo, un 62% estaba permanentemente en riesgo de embarazarse (1990:44, 46).

Ugarteche considera que la encuesta muestra cuán difícil es hablar de sexo y sexualidad en la sociedad peruana, y que esa es la razón por la cual los infor-

² Es debatible si una encuesta que mide el conocimiento y las experiencias de las personas en materia de sexo debe ser considerada un estudio sobre sexualidad. Sin embargo, en estudios sobre sexualidad realizados en el Perú, es costumbre ver la sexualidad expresada en términos de conocimientos. En su artículo introductorio a la discusión de la encuesta, Sánchez León remarca que los resultados del estudio nos hacen pensar, “que el sexo es sobre todo un tema, un asunto, una discusión, una variable sociológica, un complicado rompecabezas del cuerpo...” (1990:34).

mantes mienten (1990:42). Además separa los resultados relacionados a la masturbación y concluye que los informantes generalmente la consideraban como algo que habían dejado atrás en la adolescencia. Como adultos, la satisfacción sexual se alcanza en relaciones de afecto o amor. Ugarteche declara que estas respuestas reflejan que “hay un discurso aprendido culturalmente que dice que esa respuesta es la adecuada. La distancia entre el discurso y la práctica, en este caso, es manifiesta” (1990:44).

Finalmente, Sala plantea la cuestión sobre los resultados de las respuestas de las mujeres sobre masturbación. El 59% de mujeres niegan haberse masturbado siquiera una vez. Sala atribuye esto a varios factores relacionados a la auto-censura. Es factible que las mujeres repriman su deseo de masturbarse; sin embargo, una explicación más plausible es que las informantes auto-censuraron sus respuestas durante el estudio.

Estas interpretaciones son interesantes porque en lugar de dudar de la validez de la encuesta en su totalidad, los comentaristas buscan respuestas en la especificidad de la sexualidad limeña. A través de sus experiencias de la realidad y como expertos en la materia, ellos saben que las experiencias cotidianas son distintas a lo expresado en la encuesta. Esta discrepancia expone nociones culturales en relación al sexo. Hay aspectos relacionados a la sexualidad que siguen sin ser verbalizados. Ya sea esto atribuible a la vergüenza, auto-censura o condicionamientos culturales, existen algunos aspectos que resultan acentuados mientras otros son omitidos o pasados por alto rápidamente. La interpretación de los resultados de este estudio revela una dimensión de la sexualidad que se oculta tras los números. La mentira asume un significado sexual en el contexto limeño. Es uno de los contextos en que el discurso y la subjetividad se ponen en movimiento. Esta tendencia se percibe también en las entrevistas realizadas para este proyecto de investigación.

Las entrevistas sobre sexualidad fueron realizadas por mi asistente, un hombre. Se realizaron 21 entrevistas con varones heterosexuales acerca de su vida sexual y afectiva. Las entrevistas fueron abiertas, y abordaban la vida sexual y afectiva de los informantes desde la infancia hasta el presente. Después de unas cuantas preguntas sobre su situación familiar y social, se pidió a los informantes hablar de su primera experiencia sexual y sus relaciones con mujeres. No se trataba de una división arbitraria, sino que reflejaba la especificidad del contexto limeño. Tal como veremos a continuación, la primera experiencia sexual de los hombres no se dio generalmente dentro de una relación sino con una prostituta o una “cana al aire”. El tema de la prostitución fue enfocado desde tres ángulos: sus experiencias personales, imágenes de la prostituta y su conocimiento de los mecanismos de la prostitución como institución. Se incluyeron otros temas tales como control de la natalidad, aborto, uso de drogas, educación sexual y paternidad. Dos

eran los objetivos de la entrevista: el primero era analizar lo que la prostitución significaba para los hombres en sus vidas, y qué tipo de imágenes tenían de las prostitutas y la prostitución. En segundo lugar, se buscaba establecer cómo las experiencias de su sexualidad creaban significados de género y, específicamente, de feminidad. Ello ayudaría en un análisis de la sexualidad masculina que explore las relaciones de poder, busque matices y problematice la imagen totalizadora de la sexualidad masculina.

Al inicio del proyecto nuestra intención era seleccionar al azar a nuestros informantes, con solo dos criterios estructurando de cierta manera el proceso de selección: edad y clase. Considerando el hecho de que en la actualidad el uso de los servicios de prostitutas entre los jóvenes ha declinado significativamente para la iniciación masculina (Cáceres 1990:40), se decidió que los informantes debían estar por encima de los 20 años de edad. Ello nos daría la oportunidad de aproximarnos a la sexualidad masculina desde distintos momentos en el ciclo de vida de los informantes, y mejorar la posibilidad de que éstos representaran un grupo de hombres que considerasen la prostitución como una alternativa sexual viable. El criterio de clase fue considerado importante, en tanto se asumía que constituiría un límite de diferenciación. Era difícil imaginar que estos criterios pudieran impedir el proceso de selección. En las etapas iniciales, la selección al azar fue rápidamente reemplazada por la accesibilidad. No fue una decisión consciente sino más bien provocada por las circunstancias.

Aunque hay suficientes indicios convincentes de que los hombres experimentan una sexualidad muy similar a la del 'latin lover' contenida en la descripción presentada en la Introducción, este supuesto es cuestionado por problemas que surgieron durante el período de selección. Muchos hombres no estaban dispuestos a ser entrevistados y no era fácil acercarse a un extraño para pedirle participar en el proyecto. A pesar de su verborrea sobre hazañas sexuales, la sexualidad constituye para ellos un tema íntimo y sensible. En consecuencia, los informantes derivaron del círculo de conocidos, amigos, y amigos de amigos de mi asistente. Se desarrolló un sesgo; la mayoría de las entrevistas se realizaron con hombres de clase media (baja).

La dificultad para hablar sobre experiencias sexuales se sintió aún más fuertemente, cuando mi asistente trató de recuperar viejos contactos en barrios 'populares'. Sus antiguos amigos se tornaron evasivos o no se presentaron a la cita. Como afirma Ugarteche, "La naturaleza y la visión del sexo y la sexualidad son completamente distintas dependiendo del grado de occidentalización del individuo. Mientras más occidental la visión del que mira, habla más y hace menos. Surge el divorcio entre lo explicitado y lo ejecutado..." (1992: 62). Los hombres de clase media se sentían más libres para hablar de su sexualidad. Cuando se preguntó a los informantes su opinión sobre la entrevista, por lo general elogiaban a mi asistente.

Una de las pocas excepciones provino de un hombre que podía ser considerado de las clases populares. Este respondió a la pregunta diciendo: "tú (refiriéndose al entrevistador) quieres meterte en cosas que no son tuyas". El cambio de la selección al azar a la dictada por la accesibilidad no nos dice lo que significa la sexualidad, pero indica discretamente ciertas áreas en las cuales se forman los significados en el proceso de entrevista. El silencio es una expresión no verbal que cuestiona las imágenes difundidas en el discurso. Además, sugiere que la clase es un factor diferencial en la manera en que los hombres experimentan su sexualidad.

Otra ubicación de significado se encuentra en las relaciones (de género) entre el entrevistador y el informante. Yo estaba convencida de que un hombre podría realizar las entrevistas mucho mejor que yo. Un entrevistador hombre limeño puede usar sus experiencias para profundizar en el tema³. Aunque no puedo probar que este supuesto era erróneo, ya no estoy totalmente convencida de su validez. Hubo momentos en que las entrevistas reprodujeron relaciones de género estereotipadas entre hombres. En las ocasiones en que se usaba ciertas palabras que podían haber permitido penetrar mejor en las percepciones del hombre sobre su sexualidad, éstas fueron pasadas por alto como si se las sobreentendiera. A menudo la entrevista reflejaba más una conversación entre amigos. El informante hablaba desafortunadamente sobre sus experiencias sexuales, desconectando su involucramiento emocional y el entrevistador apoyaba esto al no formularle preguntas sobre el tema.

La dificultad del entrevistador para distanciarse del discurso no estuvo confinada solo a estos momentos. Durante una entrevista, mi asistente no pudo ocultar su reprobación hacia las opiniones expresadas por el informante sobre la prostitución. El informante nunca había usado los servicios de una prostituta. El sentía que ello era degradante para sí mismo y para la mujer en cuestión. En lugar de capturar la singularidad del caso, el entrevistador se dedicó a escudriñar en la historia personal del informante, buscando claves para comprender esta 'anormalidad'.

Por último, la postura acrítica de los informantes en relación a sus experiencias produjo una idea de sexualidad como si ésta fuera un proceso de acumula-

³ Sí discutimos la posibilidad de que yo entrevistara a los mismos hombres para ver las diferencias. Tales diferencias no solo estarían basadas en género y nacionalidad, sino también en capacidades profesionales. Como antropóloga y extranjera, las preguntas que plantearía insistirían, con toda probabilidad, en diferentes aspectos. Ello nos hubiera permitido recoger material sobre el mismo tema desde diferentes perspectivas. Sin embargo, el tiempo (tanto para la persona entrevistada como para mí misma) y la 'incomodidad' para hablar del tema, fueron factores decisivos para abandonar este ejercicio metodológico.

ción con un claro inicio y final. Retrospectivamente, ciertas actitudes podrían haber sido consideradas infantiles pero nunca fueron cuestionadas, ni por el informante ni por el entrevistador. Se trataba de una etapa en la construcción de sus identidades sexuales. Estos ejemplos ilustran que las relaciones de género construidas en el encuadre de la entrevista, producen significados sexuales que reproducen el discurso sexual.

Una clave final puede ser vista en la manera en que los hombres relataban sus historias. Se hacía una distinción entre la manera en que describían sus experiencias en una relación afectiva, y en una relación sexual con una mujer con la cual no tenían contacto emocional. No solo empleaban palabras distintas para describir sus relaciones, sino que también en los relatos de sus relaciones afectivas estaban más dispuestos a mostrar su vulnerabilidad. El relato hecho por Pedro de sus primeras experiencias con su enamorada y con una prostituta, constituye una excelente ilustración de lo anterior. Los estilos con que Pedro narra ambas historias difieren; recuerda con nostalgia su encuentro con su enamorada, expone brevemente su vulnerabilidad. En cambio, en su experiencia con la prostituta se comporta de una manera que parece corresponder a un mundo distinto. El modo en que cuenta las historias crea distintos significados de feminidad.

¿Recuerdas la primera enamorada que tuviste?

La primera enamorada verdadera, concreta, real y formal, fue cuando estaba terminando el colegio. Tenía 17 años. Ella tenía 13 años y era pariente de unos vecinos del barrio, a la vez que vecina del barrio. La iba a visitar, nos fuimos enamorando, no sé cómo. Me lancé, la invité a la fiesta de promoción. Y cuando ingresé a la universidad, le caí en una fiesta de carnavales y ella me aceptó. Tenía ella 13 años, estaba en el colegio todavía. Y cuando me aceptó yo no supe qué hacerme con ella, porque yo no tenía la menor experiencia de qué se hacía con una enamorada que te decía que sí quería ser tu enamorada. Entonces, la invité a tomar una Coca-Cola, seguimos bailando hasta que terminó la fiesta y después quedamos en que nos seguiríamos viendo. Nos seguimos viendo un poco en su casa, hasta que yo me aburrí de la falta de permisos que le daban y le dije por teléfono, "Mira, si la cosa sigue así, llámame cuando crezcas".

Y dime, ¿tu vida sexual había empezado antes de esto?

Claro!. Yo a los 14 años me desvirgué en Huatica, yendo solo y pagando cinco soles, yendo con el chofer de la casa de enfrente, que era mi amigo con quien jugaba pelota, quien me aseguró que con cinco soles que me consiguiera podría cular. Y fue una cosa bastante traumática porque este... yo al entrar en Huatica, que ya había recorrido en otro momento sin dinero, veo unas

hembras que tienen, pues. de la cintura para arriba todo calato, y las puertas entreabiertas. Y a la primera, sin escoger nada. ¡juácate!, me metí para que nadie viera que dudaba, ¡pum!, yo me tiro encima. Empiezo a hacer el amor y me reviento en sangre. La mujer se indignó porque le había manchado las sábanas y empezó a putear y a decirme toda clase de cosas. “Lárgate de acá, desgraciado, no me habías dicho, me has embarrado toda!”, y que sé yo. Agarró el balde con agua de chucha y me persiguió por la calle y me lo tiró. Yo todavía salí subiéndome el pantalón. Me estaba esperando el chofer, nos fuimos a la Asistencia Pública. Y este pata que estaba muy asustado, de frente me hizo poner penicilina, me vendaron, me pusieron el pene como una momia. Y durante una semana entera estaba yo que cada vez que me erectaba, saltaba hasta el techo (Pedro, 53 años, divorciado).

Una de las fuerzas más poderosas que subyace a la construcción de la sexualidad, se encuentra en las diferenciaciones que se hacen entre las mujeres, así lo ilustra los relatos de Pedro. Un silencio ensordecedor respecto a la sexualidad rodea a su historia sobre su primera enamorada. Es digna de notarse la ausencia de palabras que se refieran al sexo, la sexualidad o la sensualidad. Mientras que su primera experiencia con una prostituta abunda en nociones e insinuaciones hipersexuales. Este proceso de diferenciación está íntimamente relacionado a la manera en que los hombres experimentan su sexualidad. Ellos parecen tener la capacidad de separar el deseo sexual de la emoción dentro de sus encuentros sexuales. Sus intenciones sexuales construyen diferentes categorías de mujeres. Por ello, para penetrar más en la sexualidad masculina, es vital explorar los significados de la femineidad simbolizados en estas categorías.

Lenguaje sexual y creaciones de femineidad

Las primeras distinciones hechas entre mujeres ocurren a una edad temprana. Generalmente al principio de la adolescencia una niña en especial se distingue de las demás. Cuando el adolescente varón reúne el valor suficiente para ‘declararse’ y ella acepta, se convierten en enamorado y enamorada. Sin embargo, el comportamiento del adolescente con una enamorada formal está limitado por fronteras sexuales. Pueden salir juntos, tomarse de la mano y besarse, pero se espera que todos los avances sexuales terminen allí. Cuando la relación está firmemente establecida puede darse una mayor exploración sexual, pero mientras tanto, los deseos sexuales del adolescente están creciendo y éste se siente forzado a buscarle salidas en otro lugar. Muchos de los informantes refirieron cómo habían terminado en un burdel para tener su primera experiencia sexual.

Ligado a este proceso de cortejo hay una noción de sexualidad masculina y femenina como entidades opuestas que, no solamente están restringidas a este dominio de las relaciones de género, sino que también juegan en todas las áreas en que se construyen significaciones de sexualidad. Se proyecta en las expresiones empleadas para describir el carácter sexual de mujeres y hombres. Los hombres a menudo describían su sexualidad en términos de una máquina en funcionamiento. Un hombre puede sentirse sexualmente ‘cargado’ y en necesidad de ‘descargar’. Tal como lo declaró uno de los informantes, “Necesito estar descargado porque hace una presión psicológica”. Su deseo puede también ser ‘entibiado’, implicando excitación sexual sin necesariamente terminar en un coito (‘calentar las pelotas’). Este proceso de reificación encuentra su contraparte en la sexualidad femenina. Una mujer debe ser ‘trabajada’ para aflojar el control sobre su sexualidad. Si ‘se le trabaja bien’, ésta puede ‘caer fácilmente’ o ‘aflojar’ o ‘soltar’. Estas expresiones evocan una imagen de hombres como conquistadores que capturan o manipulan un objeto (la sexualidad femenina) para conseguir lo que buscan. Al convertir a la mujer en el objeto directo del deseo sexual de los hombres, las mujeres se transforman en un vehículo sexual para lograr la meta de la satisfacción sexual. Los encuentros sexuales son presentados en términos que acentúan la importancia de la satisfacción sexual, y ello a su vez infiere que existe el peligro inminente de que los deseos sexuales del hombre queden insatisfechos. ¿Qué le pasa a una máquina si se sobrecarga o se recalienta? Es probable que estalle. Por ello, la sexualidad masculina sólo puede ser controlada con mantenimiento regular: relaciones sexuales frecuentes. Esta noción de sexualidad resuena en muchos de los relatos de informantes sobre sus experiencias sexuales. Sus actitudes y comportamientos están fuertemente condicionados por esta percepción.

Sin embargo, este artículo terminaría aquí mismo si la sexualidad masculina fuera tan simplista y lineal como la descripción anterior. Es algo mucho más complejo. Tal como se indicó anteriormente, los deseos sexuales del adolescente se ven realizados por su relación con su enamorada. Indudablemente, éste preferiría tener sexo con ella pero estaría transgrediendo las fronteras que distinguen a esta mujer de las otras. Las mujeres que constituyen (potenciales) parejas pertenecen a la categoría de las ‘chicas de su casa’. Lo que hace a una mujer identificable como tal es una constelación de distintos aspectos que incluyen la apariencia, clase social, educación, sensaciones y emociones. La anécdota de Pedro en la sección anterior sobre su primera enamorada cabe perfectamente en las líneas de conducta que implican cortejar a una ‘chica de su casa’. Cuando se pidió a un informante definir a una pareja potencial, éste respondió:

Generalmente son chicas de su casa, que trabajan, que estudian, que hacen algo por la vida, gente que tiene su vida, su mundo, su familia... (Percy, 30 años, soltero).

La mayoría de los hombres hablaba sobre el significado de sus relaciones en términos extremadamente positivos. Esta relación era el punto en el cual se consolidaban diferentes necesidades y deseos: intelectual, afectivo, emocional y sexual. Tal como lo ilustra esta definición, 'una chica de su casa' está enredada en un mundo social que incluye a su enamorado. Por ello, un hombre actuará con cautela, protegiendo la sexualidad de su pareja y asegurándose que ésta no sea amenazada por sus deseos sexuales hasta que llegue el momento apropiado. El reconocimiento de 'la chica de su casa' como actor social es una frontera de diferenciación.

La descripción de 'la chica de su casa' da la impresión de que estas mujeres no son sexualmente activas, o que solo lo son con su enamorado, que en el futuro será su esposo. Sin embargo, las mujeres que pertenecen a esta categoría sí tienen un pasado sexual, el cual no la empuja automáticamente hacia otra categoría. No es el hecho que las mujeres tengan sexo lo que las distingue de otras; más bien es su adherencia al comportamiento correspondiente a la categoría a la que pertenecen. Aunque los hombres piensen que es una experiencia maravillosa que su pareja llegue a ellos como una virgen, no miran mal a sus parejas porque éstas tengan experiencia sexual previa. Ello es aceptado.

'Pacharaca' (pacha, pachita), 'pampita', 'ruca', son distintos nombres para mujeres que sirven como válvulas de escape sexuales. Algunos hombres usan estos nombres alternativamente, pero usualmente hay una distinción entre la 'pacharaca' y la 'ruca'. La 'pacharaca' o 'pampita' (los términos son sinónimos, pero 'pampita' es usada con más frecuencia por hombres que han crecido en la década de los 60) es caracterizada por una mujer que busca pasar un buen rato con un gran número de contactos sexuales. Normalmente se la encuentra en bares, restaurantes y discotecas, dando a entender que quiere ser 'levantada' por la manera en que se viste y por su conducta. A menudo los hombres salen en grupos en busca de 'pacharacas'. Aunque algunos hombres admitieron que una 'pacharaca' no está solo interesada en sexo sino que también busca afecto, o que algunas mujeres eran 'pacharacas' porque estaban tratando de encontrar una pareja potencial para subir en la escala social, las actitudes y comportamientos de los hombres hacia ellas no se alteran. El hombre se apresura a realizar avances sexuales, una ocurrencia improbable si considerase a la mujer una 'chica de su casa'. El hombre está en busca de aventura de una noche. No hay una transacción monetaria pero se espera un intercambio material. Si un hombre quiere levantarse a una 'pacharaca', está consciente de que debe ofrecerle diversión. Comida, tragos y quizá drogas son rubros esperados en el menú.

La 'ruca' es una mujer que sale con muchos hombres. Puede ser conocida en el barrio como 'chica fácil'. Es lo más cercano a una prostituta sin tener que pagar por sexo, y se trata usualmente de una conocida, mientras que la 'pacharaca' es normalmente una extraña.

Las tres categorías de mujeres son construidas a través de las intenciones sexuales de los hombres. Son proyecciones masculinas. Lo más probable es que una mujer considerada como una 'pacharaca' en una discoteca sea una potencial compañera de trabajo o estudio. Los hombres construyen su sexualidad a través de las mujeres, lo cual simultáneamente construye significados de feminidad. Ello es expresado por Hugo cuando éste recuerda su primera enamorada a la edad de 12 años:

Muy platónica como en toda [...], platónica en el sentido de mucha carga de ilusión, fantasía, con poco erotismo.

¿No desearla?

Claro, no la desees. Porque a las que desees tienen que ser rucas. Eso en la época cuando estaba en el colegio.

La 'ruca' y la 'pacharaca' se distinguen de 'la chica de su casa' por fronteras que restringen o permiten que los deseos sexuales de los hombres se liberen. La 'pacharaca' y sus cohortes son vistas en términos puramente sexuales, negando en gran medida sus identidades sociales y transformándolas en actores sexuales. Ello fortalece la noción de que el deseo sexual está fuera del alcance de la esfera emocional de un hombre. La 'chica de su casa' es conceptualizada en medio de un activo mundo social, situando el deseo sexual en la escala de las emociones. Sin embargo, ello no debe ser interpretado como una división dicotómica que transforma a la 'chica de su casa' en una persona asexual. Por el contrario, la relación sexual con una pareja fue a menudo vista como la más gratificante. Las diferenciaciones hechas entre mujeres grafican cómo los significados de las intenciones sexuales de los hombres cambian en diferentes momentos, construyendo simultáneamente significados de feminidad.

La prostituta o 'puta' es la tercera categoría de mujer. Sería inapropiado conceptualizar a las prostitutas como una categoría construida como las anteriores, dado que la prostitución en el Perú es una institución oficialmente reconocida, con su correspondiente legislación. No hace falta añadir que se trata de un grupo de mujeres que sirven como válvulas de escape sexual para los hombres. Las prostitutas son las mujeres a las que más se priva de un mundo social. Un encuentro sexual con una prostituta significa pagar por tener sexo. Se trata de una relación perfectamente definida, sin involucramiento emocional de por medio. El pago a cambio de sexo permite a los hombres exigir que sus deseos sexuales sean satisfechos a la medida de sus gustos. Ello no siempre está garantizado con los otros grupos de mujeres. A primera vista, la prostituta parece ser la menos ambivalente de las tres categorías. Sin embargo, la visita a las prostitutas es experimentada de manera distinta por los hombres que entrevistamos.

Buscando prostitutas: la lucha entre la emoción y el deseo

Es una tarea difícil hacer generalizaciones sobre las experiencias de los hombres con prostitutas. Algunos hombres nunca estuvieron con una prostituta, mientras que otros las visitaban con frecuencia. Sin embargo, para todos los hombres, incluso para aquellos que nunca solicitaron sus servicios, acudir a una prostituta es una prerrogativa masculina. En otras palabras, para todos los informantes y para los hombres en general, llega un momento en sus vidas en el cual surge la posibilidad de elegir si deben acudir a una prostituta. Entre los hombres que fueron entrevistados, quince habían tenido cierta experiencia con prostitutas, seis nunca habían usado sus servicios, y solo tres jamás habían visto un burdel por dentro.

Lo que tienen en común todos los hombres que usaron los servicios de las prostitutas es que empezaron a una edad muy temprana. La mayoría fueron iniciados sexualmente (lo que se conoce como 'debutar') en un burdel. En general, ya se trate de un burdel en Lima o en provincias, los informantes se referían a los burdeles regulados caracterizados por su anonimato, con enormes corredores como de fábrica, y pequeñas habitaciones alineadas en cuyas puertas esperaban las mujeres que trataban de cautivar a un cliente y hacerlo ingresar al cuarto. Esta primera experiencia fue por lo general descrita como desastrosa. Entre el nerviosismo y la necesidad de ocultar su condición de debutantes, sumados a la actitud de las prostitutas que decían frases tales como, 'apúrate!', '¿ya terminaste?', o 'los debutantes no saben cachar (hacer el amor)', la experiencia era considerada memorable, aunque ellos preferirían no tener que recordarla. Es curioso que no sólo hayan tratado de ocultar el hecho de ser vírgenes, sino que algunos hombres recuerdan haber conseguido engañar a la prostituta. Cuesta imaginar a un muchacho de trece años de edad que va por primera vez y actúa como si supiera lo que está haciendo. ¿Creen ellos realmente que una prostituta experimentada no podría darse cuenta que se trata de un novato? Pienso que este hecho es más un reflejo de la construcción de sus identidades sexuales que un relato cierto de lo ocurrido.

Enredado entre sus relatos hay una capa de desilusión que expresa un conflicto entre la situación real y sus expectativas emocionales:

Fue una experiencia desastrosa. Muy, muy mala, porque no me agradó en lo absoluto la experiencia en sí. Inclusive traumatizante. No era el esquema que tenía en mi cabeza ni la idea que había tenido en mi vida de lo que era el sexo... En ningún momento me sentí satisfecho, en ningún momento me sentí realizado como un hombre, que es a lo que se supone te conlleva tu primera experiencia sexual (Percy).

Fue una experiencia penosa, lo que yo recuerdo es que el sitio era como todos los sitios, sórdido, desagradable, oscuro y sucio. Y entonces había una mujer de unos 32 años, que para mí en esa época la consideraba una vieja. Y entonces entré, ¿no? Primero entró mi amigo con ella, después envalentonado entré yo, era mi primera vez. Entonces ella me indicó todo lo que tenía que hacer, lo hice, casi pulcramente, es decir, no tuve en ningún momento una entrega o una pasión. Yo lo que sí recuerdo es que cuando terminé de eyacular le pregunté, “Y ahora, ¿qué hacemos?”

¿Por qué le preguntaste eso?

Bueno, la había penetrado, había eyaculado, había cumplido el acto sexual, ¿no? Ahora, la reacción que ella tuvo es que me mandó botar del burdel, porque dice que estaba loco (Carlos, 31 años).

Hay una tremenda colisión entre lo que deseaban y lo que recibieron. Ellos estaban buscando una relación sexual comparable a tener sexo dentro de una relación afectiva. Se imaginaban que eso obtendrían por el dinero que habían pagado. Sin embargo, lo que recibieron fue la posibilidad de comprar sexo. Después de la primera experiencia, muchos volvieron al lugar con regularidad. Aunque tomó cierto tiempo internalizar las diferencias, los hombres eventualmente empezaron a encontrar satisfacción en esta relación sexual. Solo uno de ellos discontinuó sus visitas después de esta primera experiencia.

Puede diferenciarse tres patrones en relación al uso de los servicios de las prostitutas. En primer lugar están aquellos que nunca acudieron a una prostituta. El segundo, corresponde al grupo de hombres que regularmente usaron sus servicios en cierta etapa de sus vidas, pero eventualmente dejaron de acudir a ellas. Este patrón corresponde a la mayoría de los hombres entrevistados para este estudio. Finalmente, están los hombres que nunca dejaron de frecuentarlas y que aún encuentran ocasión de acudir a un establecimiento donde se practica la prostitución.

Dos factores estrechamente relacionados juegan un papel esencial en la comprensión del porqué ciertos hombres nunca recurrieron a los servicios de las prostitutas. Estos informantes son los que tuvieron más dificultad para aceptar la separación extrema entre la emoción y el deseo sexual. Palabras tales como asco, rechazo, degradación e incompatibilidad para explicar porqué nunca se atrevieron a cruzar el umbral del cuarto de una prostituta. Con la excepción de un informante que aseguró que nunca acudió a una prostituta por temor a contraer una enfermedad venérea, estos hombres no podían aceptar el sexo como un intercambio puramente comercial. Tener sexo significaba más que tener un orgasmo. Eso no significa que ellos solo tendrían sexo con ‘la mujer correcta’, aunque uno de los informantes aún era virgen y no sentía la necesidad de tener relaciones sexuales

hasta que fuera dentro de una relación seria. Por el contrario, esta decisión era más fácil de tomar porque había mujeres que no eran prostitutas y que estaban disponibles para tener relaciones sexuales que incluían sentimientos.

Tú me pones a una chica en un prostíbulo, a mí me choca. O sea, ver a las chicas que están en tanga o algo así, no sé, me choca, no me gusta. Sencillamente me parece muy chocante... ¿Sabes?, pienso que una relación sexual debe ser con sentimientos de por medio. Por lo menos que haya un gusto, o que no haya dinero de por medio, y es que para mí estar con una mujer por dinero, para mí es denigrarme. Prefiero una mujer que me diga, "Quiero que me hagas el amor", a tener que pagar dinero para hacerlo (Angel, 24 años, soltero).

No hay una necesidad, ni unas ganas, ni curiosidad de pagar por ternura. Además, como siempre tuve este tipo de relaciones... En las relaciones con mis enamoradas siempre hubo sexo, y bien, entonces no tenía la necesidad de ir a prostibulos. ¿Qué es lo que me puede dar una prostituta de mejor, sexualmente hablando, que lo que me da mi hembra, si tiramos bien? (Alberto, 33 años, casado).

En mi grupo medimos nuestras conquistas en fiestas, no en un burdel o con una prostituta. Aunque hay muchas prostitutas atractivas, en esencia es un contacto comercial, así es como siempre lo he considerado. Es incompatible con el placer (Manuel, 27 años, soltero).

Sus motivos para no acudir donde las prostitutas son similares a la decepción que sintieron la mayoría de los hombres después de su primera experiencia con una prostituta. Sus pensamientos sobre este punto contrastan de manera llamativa con los de los hombres que continúan usando ocasionalmente los servicios de las prostitutas. En este último grupo, el sexo y la emoción no necesitan ir juntos y, por ello, no hay problema en acudir donde las prostitutas. A pesar del hecho de que debe existir hombres que nunca dejan de recurrir, entre los informantes solo tres seguían usando sus servicios. Uno de nuestros informantes puede ser considerado una excepción. Este hombre tenía serios problemas para establecer contactos sociales en general, y solo había tenido una relación desde que era adolescente con una mujer que no era prostituta. Encontró que era mucho más fácil relacionarse con prostitutas y tuvo una relación seria con una de ellas. Aunque nunca dejó de pagarle por tener sexo, quería casarse con ella. Ella estuvo de acuerdo si él aceptaba la condición de que ella siguiera viendo a otros hombres. La relación terminó, pero él aún se refería a ella con esperanzas. Los otros dos hombres usaban los servicios de las prostitutas ocasionalmente, pero no consideraban que estas visitas fueran una prioridad. Uno de ellos sostuvo que su matrimonio de once años de duración era estable porque él tiene frecuentes relaciones extramaritales. El pre-

fiere buscar satisfacción sexual entre el grupo de las ‘pacharacas’. Sin embargo, las prostitutas era el último recurso que empleaba en ocasiones.

Todavía voy donde las prostitutas a veces. ¿Dónde vas a encontrar a una mujer a la una de la madrugada, después de haberte tomado unos tragos? (Juan Carlos, 33 años de edad, casado).

Finalmente, llegamos al grupo de los hombres que dejaron de usar los servicios de las prostitutas. La frecuencia con la que acudían a ellas variaba. No puede generalizarse cómo estos hombres se sentían en relación a estas experiencias. Algunos de ellos las disfrutaban; otros nunca dejaron de verlas como un último recurso. Lo que estos hombres sí tienen en común es un cambio en la percepción de su propia sexualidad. En cierto punto, el sexo por el sexo se vuelve insatisfactorio y ellos se dan cuenta que con sus parejas pueden obtener una relación sexual que va más allá de lo físico. Alvaro reflexiona sobre el cambio que tuvo lugar:

Mis experiencias eran como, qué sé yo, imagínate un invierno donde tú tienes agua fría, pero tienes que estar limpio, te tiras un duchazo con agua fría, sufriendo el asunto, pero cuando terminas con el duchazo dices, “Ya, ahí está”. Paré de ir a las prostitutas cuando tuve 24 años, cuando comencé a tener una relación estable con mi pareja. Esa fue la edad cuando mi sexualidad, pareja y afecto se consolidaron en una sola cosa (Alvaro, 34 años, soltero).

En conclusión, la experiencia de los hombres en relación a la prostitución es condicionada por sus experiencias sexuales en otras áreas de sus vidas. Para la mayoría de los informantes, usar los servicios de las prostitutas contribuyó a la construcción de su identidad sexual. Sin embargo, la identidad masculina no es un concepto homogéneo ni de carácter inalterable.

Las distintas posturas sobre la prostitución y sus diferentes experiencias con prostitutas, confirman que el concepto de sexualidad masculina no es universal. La decisión de dejar de acudir a las prostitutas es un punto de sus ciclos de vida en que el significado del deseo sexual cambia. Es imposible predecir si su noción de deseo sexual variará nuevamente en el futuro. Dado que aceptan la prostitución como una válvula de escape sexual, puede llegar el momento en que decidan retornar a los burdeles. De no ser este el caso, ¿cómo explicar la presencia de gran número de hombres de 30, 40 y más años frecuentando los establecimientos en los cuales conduje mi estudio de campo? ¿Pertenece todos estos hombres al grupo que nunca dejó de ir donde las prostitutas? ¿O incluye este grupo también a los hombres que volvieron a buscarlas?

La significación de ir a las prostitutas queda mejor simbolizada como una lucha entre el deseo sexual y las emociones, reflejando las distinciones hechas en-

tre actores sexuales y sociales. Para los hombres que nunca recurrieron a los servicios de las prostitutas, la fragmentación entre el deseo sexual y las emociones es menos pronunciada que en los otros grupos. Estos hombres buscan satisfacer sus necesidades sexuales con sus parejas, o en el grupo de mujeres concebidas como actores sociales. Estos hombres que continúan yendo a las prostitutas pueden fácilmente separar su deseo sexual de la emoción, jalándolos hacia las prostitutas con un simple tirón. El grupo más grande de hombres situados entre estos dos extremos está en una continua lucha, tirando y aflojando con diferentes resultados en distintos momentos de sus vidas. Hay momentos en que el deseo sexual y la emoción parecen estar más unificados.

La lucha entre el deseo sexual y la emoción en relación a la prostitución, es en esencia una representación de una interacción entre el discurso y la subjetividad. Subyaciendo a las distintas configuraciones hay una noción esencialista de sexualidad que es aceptada por los hombres como parte de su sexualidad. Sus experiencias subjetivas están en constante movimiento con esta noción que definen. De un lado, esto crea imágenes que refutan, pese a que momentáneamente, proyecta la imagen de macho. De otro lado, aunque muchos hombres luchan consigo mismos en relación a su postura hacia la prostitución, esto no puede ocultar que la prostitución contiene las imágenes esencialistas más fuertes de sexualidad masculina que ensombrece las distintas imágenes que son construidas en el proceso. Ni falta hace decirlo, estas imágenes coexisten en el concepto de la sexualidad masculina y son vitales para la comprensión y construcción del poder y la diferencia en el contexto limeño.

Reflexiones sobre sexualidad masculina

La sexualidad se compone de una multitud de significados sexuales y de género que son caracterizados por su naturaleza no fija. Ello implica que dentro la construcción de la sexualidad estos significados están en constante movimiento, creando diferentes configuraciones en las cuales los significados cambian, son cuestionados, se fusionan y, en momentos, dan la apariencia de ser inalterables. Están basados en la realidad social de las personas y son creados en sus experiencias subjetivas. La interpretación de las dinámicas de entrevista reveló ejemplos que reproducían la imagen prototípica de sexualidad masculina encontrada en el discurso sexual. En consecuencia, los momentos que sugieren una diferencia parecen ser oscurecidos por este poderoso imaginario. Sin embargo, estos ejemplos dan nueva forma a esta imagen. Se manifiestan en los distintos tipos de silencio encontrados durante el proceso de selección. Estos momentos nos indican que el aparentemente homogéneo concepto de la sexualidad masculina, adquiere signi-

ficado a través de un proceso en el cual el discurso y la subjetividad tienen disparidades recurrentes. Esta relación no debe ser interpretada en términos puramente antagónicos; su fuerza radica en su capacidad de coexistir.

La dimensión subjetiva de las experiencias de los hombres es a menudo ignorada en estudios predominantemente dirigidos a analizar la subordinación de las mujeres. Existe una común creencia tácita de que la subjetividad no es extremadamente relevante para el estudio de la dominación masculina, porque las experiencias de la persona no desafían ni cambian el orden de género de la sociedad. La falta de un análisis que se ocupe de cómo los hombres construyen sus identidades a través de las experiencias vividas a diario, y cómo estas experiencias se filtran a través de sus lentes subjetivos para crear significados, ha contribuido a los constructos reduccionistas de sexualidad y masculinidad y poder que resuenan en muchos estudios de orientación feminista. El análisis etnográfico aquí presentado, deja entrever las complejidades de cómo los hombres consagran las relaciones de poder a través de la construcción de su identidad sexual. La adscripción de la etiqueta de feminidad es un aspecto involucrado en las relaciones de poder que construyen la desigualdad. También indicaba áreas donde existe un potencial para la negociación de relaciones de poder menos restrictivas, por ejemplo, en las relaciones de los hombres con sus parejas, y sugiere momentos en que éstos parecen resistir la apropiación de nociones discursivas en sus identidades sexuales. Ello puede ser una posible interpretación de la postura masculina que (eventualmente) rechaza la prostitución como una alternativa sexual.

Las historias relatadas por los hombres sobre sus vidas sexuales, ilustran la difundida influencia que las nociones discursivas tienen en la afirmación de sus identidades sexuales. La sexualidad de los hombres en tanto esencialista, virtualmente instintiva, es encarnada en las metáforas que usan para describir el deseo sexual y el sexo. Los constructos opuestos de sexualidad masculina y femenina se construyen a través del énfasis del papel desempeñado por los hombres en el acto sexual. La presencia y placer de las mujeres están mediados a través de estas expresiones.

La significación de la pareja para el mundo sexual y emocional de un hombre ilustra cómo el discurso y la subjetividad interactúan continuamente. La relación con 'la chica de su casa' es el lugar en el cual se entremezclan diferentes emociones. La sexualidad de la mujer es percibida positivamente por los hombres. La relación sexual con la pareja es considerada como la más gratificante. Este significado de la 'chica de su casa' entra en conflicto con las nociones discursivas de género que la presentan como la mujer buena y asexuada. Sin embargo, al mismo tiempo la relación refleja el funcionamiento del discurso. La pareja sigue siendo la mujer que es protegida, tratada con respeto y para la cual se reser-

van ciertos sentimientos. En este sentido, los hombres siguen colocando a su pareja adulta en un pedestal, tal como lo hicieron con sus enamoradas en la adolescencia. Hay poca diferencia entre el comportamiento del adolescente que no forzaría a su enamorada a 'ir demasiado lejos', y la relación adulta del hombre en la cual éste continúa trazando una distinción entre su pareja y las otras mujeres. Los distintos significados encajados en la etiqueta 'chica de su casa' expresan simultáneamente diferencia y conformidad con la imagen discursiva. Los significados discursivo y subjetivo se fusionan en este símbolo de feminidad.

El continuo movimiento entre el discurso y la subjetividad también produce diversidad. La expresión más transparente de diferencia se encuentra en las experiencias de los hombres con prostitutas. Pese a la aceptación social de la prostitución como una alternativa sexual, la frecuencia con la cual los hombres acuden a las prostitutas en busca de satisfacción sexual y las experiencias de muchos de los hombres reformulan la idea de que la prostitución sea una manera placentera de obtener satisfacción sexual. Estos consideraban la prostitución como el último recurso y no como un remanso de placer como se le presenta con frecuencia. Por añadidura, sus experiencias desaffian la recurrente representación del cliente que aparece a menudo en los estudios sobre prostitución. La dificultad para hacerse una representación mental del sexo como el único objetivo, fue decisiva para los hombres que optaron por no acudir a las prostitutas. La experiencia inicial con una prostituta para algunos hombres constituyó una desilusión tal, que se les hacía difícil hallar placer en esos encuentros. Otros hombres asumieron eventualmente como propio el discurso sexual sobre la prostitución, y empezaron a hallar gratificantes sus encuentros con prostitutas. Para aquellos hombres que decidieron dejar de acudir a las prostitutas, tal decisión fue influenciada por la gratificación que obtenían de sus relaciones con una pareja en términos más igualitarios. Aunque recurrir a las prostitutas no puede considerarse como una válvula de escape sexual para todos los hombres, sigue siendo aún una prerrogativa masculina. Su rechazo a la prostitución no es un rechazo a la visión esencialista de la sexualidad. Lo que están rechazando, por motivos diversos, es su expresión más extrema. Sus relatos han mostrado que incluso si no usaran la prostitución como una alternativa sexual, la noción de deseo sexual que postulan está, con todo, fragmentada en dos.

La exploración de la sexualidad masculina ha revelado que un deleite simple, placentero, mundano como el deseo sexual, contiene significados de género y sexuales culturalmente producidos, los cuales nos introducen en los secretos que subyacen a la construcción de la sexualidad masculina.

Bibliografía

Archetti, E.P.

1992 Argentinean Football: A Ritual of Violence?, *The International Journal of the History of Sport* 9 (2): 209-35.

Caceres, A.

1990 Fieles o Mentirosos?, *Debate*, 12(62): 39-41.

Cavalcanti, C., C.Imbert & M.Cordero

1985 *Prostitución: Esclavitud sexual femenina*, Santo Domingo: Centro de Investigación para la Acción Femenina.

Delta, M.

1990 No Sólo Preservativos, *Debate*, 12(62): 44-46.

Edwards, S.S.M.

1993 Selling the Body, Keeping the Soul: Sexuality, Power, the Theories and Realities of Prostitution, In: S.Scott & D.Morgan (Eds.), *Body Matters. Essays on the Sociology of the Body*, pp.89- 104, London: The Falmer Press.

Kondo, D.K.

1990 *Crafting Selves. Power, Gender, and Discourses of Identity in A Japanese Workplace*. Chicago: University of Chicago Press.

Lugo, C.

1989 Machismo y Violencia, en: A.Koschutzke (ed.), *Y Hasta Cuándo Esperaremos Mandan-dirun-dirun-dirun-dán: Mujer y Poder en América Latina*, pp.219-230, Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

Monzón, A.S.

1988 El Machismo: Mito de la Supremacía Masculina, *Nueva Sociedad*, 93 (enero-febrero): 148-155.

Parker, R.G.

1991 *Bodies, Pleasures and Passions: Sexual culture in contemporary Brazil*, Boston: Beacon Press.

Sala, M.

1990 El Temor Femenino, *Debate*, 12 (62): 41-42.

Sánchez León, A.

1990 Quiere Desvestirse Conmigo?, *Debate*, 12(62): 33-39.

Stevens, E.P.

1973 Marianismo: The Other Face of Machismo in Latin America, In: A.Pescatello (ed.), *Female and Male in Latin America*, Penn.: University of Pittsburgh Press, pp.88-101.

Ugarteche, O.

1990 Los Pecados del Sexo, *Debate*, 12(62): 42-44.

1992 Historia, sexo y cultura en el Perú, *Márgenes: Ecuentero y Debate*, 5(9): 19-64.